

## LA MIRADA AMOROSA

Cristóbal Gutiérrez

*Recuerdo cuánto me impresionó leer un libro de Margaret Mead sobre los arapesh, un pueblo de la Micronesia cuyo ideal de vida se resume en dos metas: hacer que crezcan bien los niños y el ñame, su principal alimento. Todo su modo de vida está orientado a conseguir que los niños se sientan amorosamente recibidos. Para lograrlo, han creado una cultura de solidaridad, buen humor y ternura. Al hacerlo, han hecho un mundo más humano y cálido. Jose Antonio Marina*

Quien mira desde el amor, ve el conflicto y actúa sin que le cambie le mirada. Muchas veces los enfados de los padres y madres con sus hijos están cargados de decepción, de frustración, de una mirada acerada, de rabia, de hartura, estos progenitores suelen estar demasiado lejos de la mirada de los arapesh, tienen otras prioridades y entonces cuando sale la pillería o esa acción infantil que molesta, les sale una mirada excluyente: qué harto estoy de ti, decimos con la mirada.

Para que los pequeños crezcan sanos hay que partir de que no hay nada mejor que hacer en esta vida que criarlos, ni el trabajo, ni la consideración social, y paradójicamente, sólo así se nos ocurren ideas para mejorar nuestro trabajo, se tiene mas tiempo e incluso, dicen los que saben, que disfrutamos mucho más del mejor placer que la vida nos ha dado: hacer el amor. Los pequeños y pequeñas requieren atención pero a cambio nos llenan el corazón de ternura y alegría.

En todas las culturas la infancia es considerada la pasarella a la divinidad, lo más cercano a lo sagrado, para la mayoría de padres y madres del mundo desarrollado, con la excusa que hay que alimentarlos., es la tercera o cuarta prioridad.

Desengañémonos, la crianza no puede ser gozosa por muchos métodos educativos de los que se disponga, si un padre o madre tienen la actitud de «a ver donde dejamos a los niños que tenemos mucho que hacer», en lugar de «dejad que los niños se acerquen a mí».

Los adultos actuales rinden adoración a mil y un dioses : al dios de la codicia, al de la seguridad, al del prestigio, al de la emoción fácil, al del "ya soy viejo para cambiar", al de la apairencia, etc., en fin demasiados dioses a los que colmar pues cada uno exige su precio: dicen que entran en nuestra alma y poco a poco, como vampiros invisibles, nos roban el ánimo que la vida nos regaló al nacer, los síntomas son: expresión ensombrecida, mirada y risa estrecha, facciones rígidas, y al igual que en época de sequía la alegría escasea, eso sí es posible que se incrementen los coches caros, las segundas residencias, los aparatos electrónicos, y expresiona como "no tengo tiempo, he de trabajar", etc. etc.

Dicen que contra esta enfermedad existe un único antídoto y requiere valentía: tomar el amor que aún nos quede y mirar a los pequeños amorosamente y decirle a la pareja a los ojos: es hora de vivir y dejarme de excusas..